

**¿QUÉ ESTAMOS VIENDO?
MIRAMOS EL MUNDO
DESDE LAS CLAVES
DE LA ENCÍCLICA
LAUDATO SI'**

Carlos Martínez Oliveras, cmf

*Instituto Teológico
de Vida Religiosa (Madrid)*



**Conferencia Española
de Institutos Seculares
Madrid, 1 de junio de 2019**

**¿QUÉ ESTAMOS VIENDO?
MIRAMOS EL MUNDO
DESDE LAS CLAVES
DE LA ENCÍCLICA
LAUDATO SI'**

**Carlos Martínez Oliveras, cmf
Instituto Teológico
de Vida Religiosa (Madrid)**

**¿QUÉ ESTAMOS VIENDO?
MIRAMOS EL MUNDO
DESDE LAS CLAVES
DE LA ENCÍCLICA LAUDATO SI'**

Edita:

CONFERENCIA ESPAÑOLA DE INSTITUTOS SECULARES

C/. Conde Peñalver, 76, 1º C - 28006 MADRID

Octubre 2019

Imprime: *Coboprint*. Gamonal 5. Planta 5ª Nave 17. 28031 Madrid

ÍNDICE

1. Introducción	7
1.1. Clarificando un título: “el cristal con que se mira”	8
1.2. Comentando un proverbio: sobre herencias y préstamos	9
2. “Atrevida” radiografía de la realidad del saeculum	10
- La cultura emergente	11
- Intreculturalidad	12
- Las oportunidaes del mundo moderno (Berzosa)	14
3. Un planeta que salvar: la Creación en riesgo / Escuchar el gemido de la Tierra	16
4. Los Institutos seculares: consagración secular / secularidad consagrada	18
5. Laudato si’: ¿una encíclica verde?	19
5.1. Francisco: el hombre de la pobreza, la paz y la custodia de la creación	19
5.2. Claves para una lectura: sapiencial y fraterna	21
5.3. Espiritualidad ecológica	25
5.4. Ecología integral	28
6. Hacia una conversión ecológica de la vida consagrada	30
6.1. Claves para una nueva conciencia	31
6.2. Claves para un nuevo estilo y praxis	35
6.3. Dimensión ecológica de la profesión de los consejos evangélicos	35
7. Coda final: No hay ecología sin antropología	38

I. INTRODUCCIÓN

Tema de gran actualidad y trascendencia imprevisible

Durante el mes de mayo de 2019 se ha celebrado en Madrid un congreso sobre transhumanismo. Durante su exposición en la conferencia de clausura, el cardenal Ravasi, presidente del Pontificio Consejo para la Cultura, planteó el gran interrogante acerca de la materia. “El hombre, ¿es lugarteniente del creador, o sufre **el pecado de querer ser como Dios?**”, se preguntó, advirtiendo de que, detrás de algunas corrientes transhumanistas, se esconde el deseo de “redefinir al ser humano”, una realidad que plantea “problemas filosóficos, psicológicos y éticos” de impredecible respuesta. Frente a los que piensan que hay que hacer todo lo que técnicamente se pueda hacer, el rector de la universidad contrapuso que “sólo se puede hacer aquello que no va en contra de la dignidad humana”. “El progreso tiene fronteras éticas, ¡claro que las tiene!, y no las pone la religión, sino la ética y la justicia”, reivindicando el “principio de precaución”. Nos encontramos ante una cuestión que atañe a los límites de la naturaleza con la persona humana y que supondrá un reto desafiante para las próximas generaciones.

Paradoja de la modernidad

Nos encontramos también en una situación que el papa Benedicto XVI ha venido en llamar la paradoja de la moder-

nidad. Para el papa alemán el tiempo de la modernidad ha conducido a una situación de confusión creyendo que afirmar la autonomía humana implicaba matar a Dios y vivir *etsi Deus non daretur*. En realidad, es todo lo contrario. Solo allí donde Dios es afirmado se garantiza la defensa de la dignidad del hombre en toda su integralidad.

1.1. Clarificando un título: “el cristal con que se mira”

El día que me encargaron la elaboración de esta reflexión con el título ¿Qué estamos viendo?, lo primero que me vino a la mente fue la así denominada ley Campoamor, proveniente de los versos del famoso poeta asturiano del mismo nombre y que todos conocemos bien: “En este mundo traidor / nada hay verdad ni mentira: / todo es según el color / del cristal con que se mira”. La frase no deja de tener un cierto carácter pesimista, en el sentido de que llega a transmitir que ningún valor es inmutable y que, inevitablemente, impera el subjetivismo, la arbitrariedad y el relativismo en todas las facetas del mundo que se descubre como “traidor”. Ahí va también un cierto desencanto del mundo que denota que dicha realidad no es de fiar por su carácter voluble de cambio y de traición de sus principios.

Por lo tanto, enfrentarse a la pregunta “qué estamos viendo” da un miedo pavoroso. Primero, porque nosotros no vemos la realidad asépticamente, sino que el filtro del sentimiento o de la ideología, ante una misma realidad es capaz de comprenderla de manera completamente opuesta. Y si no, que se lo pregunten a dos aficionados al fútbol que, viendo la misma caída de un jugador en el área, uno verá claramente la pena máxima y, el otro, una artimaña del delantero para engañar al árbitro y moverle a señalar el penalti de rigor.

Afortunadamente para mí, en el subtítulo de la conferencia me han dado el cristal para mirar la realidad que, parece

ser, tiene unas ciertas tonalidades verdes: “Miramos el mundo desde las claves de la *Laudato si’*”. Esto nos permite centrar más la visión, focalizar los puntos y ayudarnos a interpretarlos.

1.2. Comentando un proverbio: sobre herencias y préstamos

Como sabemos la *Laudato si’* es esa encíclica sobre el cuidado de la casa común. Al referirlo, me viene a la memoria el proverbio nativo americano: “No heredamos la tierra de nuestros padres; la tomamos prestada de nuestros hijos”. Con ello, lógicamente, nos comprometemos en una clara conciencia de que la tierra no es nuestra como posesión y, por lo tanto, no podemos hacer con ella lo que queramos; muy al contrario, tenemos una altísima responsabilidad de dejar el planeta en las mejores condiciones posibles a la siguiente generación.

Antes de terminar esta introducción quiero referirme a dos imágenes que últimamente han aparecido en los medios de comunicación. La primera es una gran isla... de plástico. Los residuos de plástico se están convirtiendo en una amenaza para los océanos, los ecosistemas y las especies. Y tomamos clara conciencia de la defensa de estos entornos o nos veremos abocados a consecuencias dramáticas. La segunda imagen es impactante. Se trata de un “atasco de escaladores” situados en una larga fila en la cumbre del Himalaya. Y la noticia da cuenta de las toneladas (sic) de residuos que los montañeros y sus guías nativos dejan en la cordillera más alta del mundo para satisfacer un deseo de coronar el techo de la tierra.

“Estamos en un momento de la historia en que la Humanidad ha adquirido conciencia de la vulnerabilidad enorme que tiene nuestro planeta”. Hoy somos conscientes de que el aumento demográfico, la esperanza de vida y la forma de vivir pueden tener consecuencias terribles si no nos re-

planteamos bien las cosas. Somos más, vivimos más y consumimos de modo desaforado. “NO HAY PLANeta B”, reza un slogan que corre por las redes sociales. No podemos separar la perspectiva ambiental, económica y social que van asociadas al concepto de desarrollo. Hemos de ser conscientes de la labor de sensibilización y fomento del entendimiento crítico sobre el papel y la responsabilidad que juega la ciudadanía en relación a los riesgos del cambio climático y al desarrollo sostenible en un mundo globalizado e interdependiente.

2. ATREVIDA RADIOGRAFÍA DE LA REALIDAD DEL SAECULUM

Cualquiera que se aventurara a realizar una descripción de la realidad perecería en el intento. Nos encontramos hoy en un mundo de una complejidad y de una vertiginosidad en los cambios, tan grandes, que cualquier análisis suele quedar viejo a los pocos meses. No obstante, me voy a atrever a dar unas pinceladas sobre la situación actual.

No quisiera ser muy pesimista, ni ofrecer una radiografía muy negativa de la realidad, pero a la pregunta “qué estamos viendo”, muchos de nuestros contemporáneos dirían que nos encontramos delante de un planeta devastado y un mundo cultural en crisis: cultura, técnica, los medios de comunicación, la economía, la vida política, el matrimonio y la familia, la educación, la vida moral, la religión y el cristianismo. En el momento de revisar estas notas se están produciendo unos incendios de gran devastación en la selva brasileña del Amazonas.

Algunos hablan de un desvalimiento general del cristianismo. Desde el interior (persona, grupo), el desvalimiento se manifiesta en la dificultad para autocomprenderse, autoestimarse y sentirse realizado afectiva y profesional-

mente. Desde el “exterior”, se manifiesta en la deficiente comunicación de un sujeto con su entorno.

La cultura emergente

- **Desfonde de la esperanza.** Cada vez se hace más difícil encontrar razones para vivir y para esperar cada día. La tasa de suicidios es alarmante, unida a los intentos.
- **Relativismo moral.** Ideología de género. La hipersexualización de la sociedad y de los jóvenes marcan y condicionan muchas conductas afectando a las relaciones personales.
- **Laicismo beligerante cultural.** Lo religioso se contempla como irracional en lo científico; retrógrado en lo social-progresista; casado con la derecha más rancia en lo político (Peces Barba). No sólo se siente como molesto el hecho religioso, sino que se pone un “cordón sanitario” para excluirlo. Cualquier manifestación pública de fe es sospechosa y declarada peligrosa. La fe ha de vivirse en la sacristía y hay que sacarla de la esfera pública. Y, por encima de todo, que la fe ni por asomo pueda contribuir a conformar la legislación en algún aspecto, por muy beneficiosa que pueda ser. Vale más una ley mala atea que una buena por llevar gotas de cristianismo. Para construir el hombre nuevo, como punto de partida, hay que dejar atrás la dimensión religiosa.
- **Grave crisis del modelo económico mundial:** el mercado no se regula ya por sí solo. Un doble apunte complementario y necesario: por un lado, en la llamada globalización no sólo existen los marginados, sino los excluidos del sistema (personas, naciones, y hasta continentes como el africano). Eso que el Papa llama la “cultura del descarte”. Baste como ejemplo

este episodio de unas palabras pronunciadas en mayo de 2018 en San Giovanni in Rotondo después de haber visitado un centro de oncología infantil:

“De niños en las escuelas nos enseñaban la historia de los espartanos. A mí siempre me impactaba lo que nos contaba la maestra, que cuando nacía un niño o una niña con una malformación lo llevaban a la cima de un monte y lo arrojaban para que así no hubiera niños con problemas. Nosotros, los niños, decíamos: ‘¡Qué crueldad!’”

El Pontífice exclamó con contundencia: *“Hermanos y hermanas, ¡nosotros hacemos lo mismo! Con más crueldad, con más ciencia. Aquel que no sirve, que no produce, lo descartamos: esta es la cultura del descarte. Los pequeños no son queridos hoy. Y por ello Jesús es apartado”*. (Papa Francisco, Homilía en la misa celebrada en San Giovanni in Rotondo, 17 de marzo de 2018).

Esto va aparejado de enormes movimientos migratorios de personas que se desplazan de sus lugares de origen por causa de la pobreza o por causa de la guerra. Son desplazados forzosos o desesperados, porque hay que estar muy desesperado para echarse al mar en una balsa de goma para intentar cruzar una franja del Mar Mediterráneo. Ese mar que, según muchos, se ha convertido en el mayor cementerio de Europa.

Interculturalidad

- Por otro lado, las causas de las bolsas de pobreza en el cuarto mundo son éstas: paro laboral prolongado; fracaso en las relaciones familiares y sociales; pérdida del sentido existencial y depresión crónica; haber nacido en “cinturones” de pobreza (suburbios o mundo rural empobrecido). Como soluciones se habla de reavivar el capital espiritual o social y de una regulación para el bien común y para los pobres. En cualquier caso, se

nos pide vertebrar la micro y macro-caridad en sus dos vertientes: asistencial y promocional (dar peces y enseñar a pescar).

- Cuatro modelos antropológicos emergentes: Se pretende reducir al hombre a “cosa natural” o ecológica (“mi casa es la Tierra”); a cosa tecnológica (calidad de vida física), hasta se pretende borrar el género (ideología de género) e incluso la especie (proyecto gran simio o asimilación de los derechos de los primates a los de los humanos).
- En cualquier caso, el triunfo del *homo light* (descafeinado, sin convicciones ni valores fuertes). Se valoran tres experiencias: *be free*, defendiendo hasta los extremos la libertad individualista; *connecting people*, estate siempre conectado al ordenador o a la realidad virtual; consume experiencias puenting, vive un coleccionismo de experiencias nuevas muy intensas, pero que no dejen poso ni huella. Algunos hablan de que nos encontramos entre los jóvenes con una generación “*selfie*” caracterizada por la autorreferencialidad, el narcisismo y el consumismo. No significa que los jóvenes no tengan valores positivos, que los tienen, sino que estas características marcan de modo determinante su forma de pensar, actuar y relacionarse.
- Transformaciones de lo político: de la nación histórica hemos pasado a la nación cívica; del gobierno a la gobernanza; de la política de representación a la representación de la política; de la democracia representativa a la democracia deliberativa; de la comunidad al comunitarismo; de la nación al nacionalismo; de la laicidad al laicismo; de la independencia de los tres poderes (legislativo, ejecutivo y judicial) a una peligrosa fusión de los mismos.
- Privatización de la fe (la fe para el ámbito privado de

la familia o de la sacristía). La secularización tan fuerte de la sociedad o, en este caso, un cierto laicismo beligerante, no soportan que la fe pueda tener una palabra autorizada en la esfera pública. Por eso se la quiere relegar al ámbito más interno “de puertas para adentro”. Ante este reto, se ofrece una doble respuesta cristiana con doble sensibilidad: cristianos de presencia, en los que prima lo institucional, el bloque; y cristianos de mediación, en los que prima el testimonio personal, el ser levadura en la masa.

- Una observación: la Iglesia siempre estará o perseguida o manipulada, porque su referente de autoridad moral es “supra-nacional” y, por lo mismo, se la contempla como “extranjera” o como “conciencia crítica que molesta”. Si echamos una mirada a la historia, en el fondo, el poder civil siempre ha querido dominar y controlar a la Iglesia para ponerla al servicio de sus intereses seculares, políticos, económicos y sociales. Cuanta mayor es la independencia y la libertad de la Iglesia frente a todo tipo de poder temporal, mejor podrá llevar a delante su misión de anunciar la buena noticia de Jesucristo, la salvación que trae y la construcción del reino de Dios.

Las oportunidades del mundo moderno (Berzosa)

Bíblicamente hablando -y también desde el punto de vista ascético y espiritual- la crisis es un tiempo de oportunidades. Toda crisis es siempre momento y oportunidad de crecimiento si se afronta con madurez y seriedad. Es el momento de la prueba, en el que se puede recuperar lo que hay de auténtico. Con realismo y sin ingenuidades, pero con esperanza y discernimiento hay que mirar al mundo moderno. Debemos reconocer serenamente sus muchos valores y sus peligrosas amenazas. Benedicto XVI afirmaba que la cosmovisión moderna y la cristiana son dos categorías totalizantes, que no tienen por qué excluirse mutuamente:

“ser cristiano no es una especie de vestido que se lleva en privado o en ocasiones particulares, sino que se trata de algo vivo y totalizante, capaz de asumir todo lo que de bueno existe en la modernidad” (*Discurso a la Asamblea Plenaria del Pontificio Consejo para la Nueva Evangelización, 30 de mayo de 2011*). Y también: “el ser cristiano es en sí mismo algo vivo, moderno, que atraviesa toda mi modernidad, formándola, plasmándola” (*Luz del mundo*).

Si bien es cierto que el secularismo, tal y como se ha desarrollado, significa un condicionamiento que dificulta la vivencia de la fe, hay que reconocer que históricamente el cristianismo se ha servido del proceso “desacralizador” que originó la cultura griega. Benedicto XVI lo expresa con claridad: el cristianismo cobra vitalidad cuando se sirve del método socrático, que es profundamente “desmitificador” (vale recordar que este fue el motivo de la muerte de Sócrates). En su discurso a la Universidad de La Sapienza de Roma, el Papa recuerda el célebre texto de la disputa con Eutrifón, defensor de la religión mítica y su devoción. Sócrates, en cambio, contrapone la pregunta irónica: “Eutrifón, ¿debemos decir que todo eso es efectivamente verdadero?” (6 b c). “En esa pregunta, aparentemente poco devota -pero que en Sócrates se debía a una religiosidad más profunda y más pura, de la búsqueda del Dios verdaderamente divino-, los cristianos de los primeros siglos se reconocieron a sí mismos y a su camino” (17 de enero de 2008).

De aquí se sigue que la pregunta desacralizadora no debería infundir tanto temor ni ser vista como la causa de la pérdida de la fe. La desacralización, fruto del secularismo moderno, puede ayudar a aquel dinamismo original, fruto de la síntesis del cristianismo con la cultura helena, que para los creyentes siempre fue un camino de religiosidad auténtica.

Los cristianos de aquel momento fueron capaces de vivir

su fe no como una vía de escape para deseos insatisfechos. “La comprendieron como la disipación de la religión mítica para dejar paso al descubrimiento de aquel Dios que es Razón creadora y al mismo tiempo Razón-Amor: por eso, el interrogarse de la razón sobre el Dios más grande, así como sobre la verdadera naturaleza y el verdadero sentido del ser humano, no era para ellos una forma problemática de falta de religiosidad, sino que era parte esencial de su modo de ser religiosos”. ¿No será el secularismo moderno una oportunidad para volver a redescubrir este estilo? ¿No podremos encontrar también hoy “un nuevo modo de ser religiosos” que incluya las conquistas de la razón y que ayude a discernir el verdadero “sacro” de las situaciones contingentes e históricas?

3. UN PLANETA QUE SALVAR: LA CREACIÓN EN RIESGO/ESCUCHAR EL GEMIDO DE LA TIERRA

El clima del futuro depende de cómo nos comportemos nosotros en el presente. Ya lo hemos recordado al principio. Somos responsables de dejar un planeta en condiciones suficientes que garanticen la continuidad de la especie a las próximas generaciones y, al mismo tiempo, transmitir esa conciencia a los jóvenes para que hagan lo propio en el futuro. En este tipo de cuestiones no caben los egoísmos ni las miradas parciales. Se trata de una llamada global y enormemente generosa.

El primer capítulo de la encíclica realiza un repaso sobre «Lo que le está pasando a nuestra casa».

El capítulo asume los descubrimientos científicos más recientes en materia ambiental como manera de escuchar el clamor de la creación, para «convertir en sufrimiento personal lo que le pasa al mundo, y así reconocer cuál es la

contribución que cada uno puede aportar» (19). Se acometen así «varios aspectos de la actual crisis ecológica» (15).

El cambio climático: «El cambio climático es un problema global con graves dimensiones ambientales, sociales, económicas, distributivas y políticas, y plantea uno de los principales desafíos actuales para la humanidad» (25). Si «*el clima es un bien común, de todos y para todos*» (23), el impacto más grave de su alteración recae en los más pobres, pero muchos de los que «tienen más recursos y poder económico o político parecen concentrarse sobre todo en enmascarar los problemas o en ocultar los síntomas» (26): «La falta de reacciones ante estos dramas de nuestros hermanos y hermanas es un signo de la pérdida de aquel sentido de responsabilidad por nuestros semejantes sobre el cual se funda toda sociedad civil» (25).

La cuestión del agua: El Papa afirma sin ambages que «el acceso al agua potable y segura es un derecho humano básico, fundamental y universal, porque determina la sobrevivencia de las personas, y por lo tanto es condición para el ejercicio de los demás derechos humanos». Privar a los pobres del acceso al agua significa «negarles el derecho a la vida radicado en su dignidad inalienable» (30).

La pérdida de la biodiversidad: «Cada año desaparecen miles de especies vegetales y animales que ya no podremos conocer, que nuestros hijos ya no podrán ver, perdidas para siempre» (33). No son sólo eventuales “recursos” explotables, sino que tienen un valor en sí mismos. En esta perspectiva «son loables y a veces admirables los esfuerzos de científicos y técnicos que tratan de aportar soluciones a los problemas creados por el ser humano», pero esa intervención humana, cuando se pone al servicio de las finanzas y el consumismo, «hace que la tierra en que vivimos se vuelva menos rica y bella, cada vez más limitada y gris» (34).

La deuda ecológica: en el marco de una ética de las relaciones internacionales, la Encíclica indica que existe «una auténtica deuda ecológica» (51), sobre todo del Norte en relación con el Sur del mundo. Frente al cambio climático hay «responsabilidades diversificadas» (52), y son mayores las de los países desarrollados.

Conociendo las profundas divergencias que existen respecto a estas problemáticas, el Papa Francisco se muestra profundamente impresionado por la **«debilidad de las reacciones»** frente a los dramas de tantas personas y poblaciones. Aunque no faltan ejemplos positivos (58), señala «un cierto adormecimiento y una alegre irresponsabilidad» (59). Faltan una cultura adecuada (53) y la disposición a cambiar de estilo de vida, producción y consumo (59), a la vez que urge «crear un sistema normativo que [...] asegure la protección de los ecosistemas» (53).

4. LOS INSTITUTOS SECULARES EN MEDIO DE LA “CASA COMÚN”: CONSAGRACIÓN SECULAR Y SECULARIDAD CONSAGRADA

Si algo nos dicen los fundamentos teológicos de una vida consagrada bajo la dinámica de los institutos seculares es que hay una correlación entre consagración y secularidad. La consagración centra a la persona desde la profesión de los consejos evangélicos y la secularidad la inserta en el mundo desde una clave muy concreta: “la secularidad expresa tanto una condición sociológica -el permanecer en el mundo, como una actitud de compromiso apostólico con atención a los valores de las realidades terrenas que, partiendo de ellos, han ser imbuidas de espíritu evangélico” (*Carta Consagración y secularidad*, p. 54).

“La fusión de la consagración y del compromiso secular en una misma vocación confiere a ambos elementos una nota

original. La profesión plena de los consejos evangélicos hace que la unión íntima con Cristo haga especialmente fecundo el apostolado en el mundo. El compromiso secular da a la profesión misma de los consejos, una modalidad especial y la estimula hacia una autenticidad evangélica cada vez mayor” (p. 55).

Si los institutos seculares tienen esta fuerte vinculación con las realidades terrenas, primero como mundo (creado y confiado al ser humano) y después como siglo (*saeculum*) en el que se realiza la redención por parte de Jesucristo, también su implicación en el cuidado de la casa común, de la creación y de las condiciones sociales de nuestro siglo tendrán un matiz altamente importante.

5. LAUDATO SI': ¿UNA ENCÍCLICA VERDE?

“El Papa Francisco nos ha dicho que su encíclica no es verde sino una encíclica social”: “Mañana, como sabéis, se publicará la encíclica sobre el cuidado de la ‘casa común’ que es la creación. Esta ‘casa’ nuestra se está arruinando y esto perjudica a todos, especialmente a los más pobres. Mi llamamiento se orienta a la responsabilidad, a partir de la tarea que Dios dio al ser humano en la creación: ‘cultivar y custodiar’ el ‘jardín’ en el que lo puso (cf. Gn 2,15). Invito a todos a acoger con ánimo abierto este documento, que se sitúa en la línea de la doctrina social de la Iglesia” (*Audien-
cia*, 17 de junio de 2015).

5.1. Francisco el hombre de la pobreza, la paz y la custodia de la creación.

NOMEN EST OMEN (el nombre es la misión). Muy pocos días tras su elección como sucesor de Pedro, preguntado el papa Francisco por qué había elegido el nombre de Francisco comentó lo siguiente: porque “para mí es el hombre de la pobreza, el hombre de la paz, el hombre que ama y

custodia la creación. En este momento, nuestra relación con la creación no es muy buena, ¿verdad?”.

Desde el inicio de su pontificado, Francisco alberga en su interior el deseo de proteger el medioambiente herido. Entiende su ministerio como un servicio a la comunidad cristiana, para que, ahondando en su fe, se haga cargo de los problemas de la humanidad de hoy, entre los que destaca el maltrato a la naturaleza, que nos afecta a todos y muy especialmente a los más pobres.

Entre las muchas personas que acudieron a ver al Papa en los primeros días tras su elección, hubo un grupo de científicos que estaban trabajando en la defensa del medio ambiente y que afirmaban: “nosotros solo podemos anunciar catástrofes si el ser humano continúa con esta dinámica depredadora. Pero necesitamos que alguien hable de nuevos valores y de esperanza. El Papa puede hacerlo. Necesitamos su palabra”.

Aquella semilla cayó en tierra buena y el Papa publicó *Laudato si'*, sobre el cuidado de la casa común. La primera de un Pontífice dedicada enteramente a esta cuestión. En ella descubrimos lo que piensa el Papa sobre el medio ambiente.

En este texto descubrimos que la cuestión ecológica tiene relación directa con nuestro modo de vivir, con la forma en que se organizan nuestras sociedades y cómo tratamos a los excluidos. Apela a nuestra fe y nos anima a profundizar en ella. Nos ayuda a mirar la creación como lugar privilegiado de encuentro con el Señor y como espacio en el que proteger la vida amenazada. La encíclica, si bien entabla un diálogo con la ciencia y acoge sus grandes consensos, es una gran expresión creyente.

El mensaje del Papa es una acción de gracias por la gran familia de la vida de la que formamos parte. Reconoce el maltrato ejercido sobre la naturaleza y muestra cómo afecta

especialmente a los más pobres. Reclama la necesidad de convertirnos y de responder desde el horizonte de la ecología integral. Ofrece un diálogo abierto a toda la humanidad para afrontar juntos estos desafíos. Y se empeña por sostener la esperanza.

5.2. Claves para una lectura: sapiencial y fraterna

Una primera clave de lectura apunta a la búsqueda de la sabiduría como un camino de encuentro con Dios, con los demás, con la naturaleza y con nosotros mismos. Es decir, como un camino de humanización. En la encíclica esta sabiduría se vincula con el “salir de uno mismo” al encuentro del otro, sobre todo del que sufre. Este “salir” y “vivir en salida” va formando una sensibilidad abierta compasiva, especialmente lúcida para guiarse en la vida y acertar con propuestas y apuestas de calidad humana.

Sabiduría y pobreza

Se puede hacer la correspondencia de la trilogía camino-verdad-vida con los tres consejos evangélicos: camino correspondería con la obediencia, vida con la castidad y verdad con pobreza. A priori puede parecer extraño esta relación entre verdad y pobreza, pero en realidad hay un nexo profundo. Como lo hay entre dinero y mentira. Solo desde la pobreza se puede buscar y anunciar la verdad de la sabiduría. Fue la intuición inicial de las órdenes mendicantes: la predicación de la verdad de Jesucristo solo puede acreditarse desde la pobreza evangélica, el modo de vida propio de Jesús. Según el card. Ratzinger, la verdad pierde crédito en el mundo cuando se alía con el poder: “La verdad perdió crédito en la historia por haberse presentado en forma de dominio, y se ha convertido en pretexto para la violencia y la opresión [...] La verdad misma, la verdad real se hizo soportable al hombre, se hizo camino presentándose en la pobreza del impotente”. La pobreza se ha convertido en Cristo en el distintivo de la verdad, en el poder

interno de la verdad. El Evangelio solo se puede anunciar en la pobreza de la predicación: en la humildad de la palabra y el testimonio.

En este sentido, María Zambrano sostuvo que “el voto de pobreza virginal ha mantenido a la filosofía”, dando a entender que la búsqueda y el amor a la verdad sólo se pueden dar al margen de todo interés y oportunismo, poder o dominio. La pobreza evangélica es el camino para hallar la luz de la sabiduría. Como dice Rainer M. Rilke, “la pobreza es como una gran luz en el fondo del corazón”.

En una cultura de la pobreza evangélica pueden destacar algunos rasgos:

- Cierta sentido de expropiación
- Sobriedad compartida como estilo de vida personal e institucional. Estamos llamados a decir sobre la pobreza algo más que palabras mediante el testimonio de una vida en sencillez y simplicidad de medios, siempre en función de poder contribuir a la solidaridad con los más necesitados.
- Comunión o comunicación real de bienes en la fraternidad de los institutos, cada uno al nivel que tenga establecido.
- La inclinación apostólica a los pobres, principales destinatarios del mensaje del Evangelio, con quienes Jesús mismo se identifica.
- El sentido de pobreza evangélica ha llevado a la vida consagrada a un destacado compromiso con el Tercer Mundo por medio de presencias y de solidaridad.

Sabiduría y reconciliación

La sabiduría permite situarse de forma justa y benevolente, equilibrada y serena, ante lo real, es decir, frente a uno mismo, a Dios, a los demás y a la naturaleza. Este “situarse-

puede entenderse mejor como reconciliarse, estar o vivir reconciliado.

En el fondo, la sabiduría consiste en practicar la justicia, en sus tres dimensiones: con el pasado, mediante la memoria de las víctimas; con el futuro, mediante la responsabilidad con las generaciones venideras; en el presente, por la defensa y promoción de los derechos humanos y la dignidad de quienes viven en la pobreza y la violencia, la exclusión y la desigualdad.

Sabiduría como equilibrio, atención y profundidad

“Un estilo de vida equilibrado unido a una capacidad de admiración que lleva a la profundidad de la vida” (LS 225). El equilibrio habla de integración, armonía, tensión fecunda de distintos elementos y dimensiones. Es la “actitud del corazón” que sabe estar plenamente presente ante alguien, que vive cada momento a fondo para “superar la ansiedad enfermiza que nos vuelve superficiales, agresivos y consumistas desenfrenados”. El desafío para nuestra vida consagrada está en

- Tomarse con seriedad la formación para tener una palabra y pensamiento propios;
- Dar testimonio de una Iglesia aprendizaje; con un pensamiento abierto, en diálogo.
- Recuperar la dimensión comunitaria del aprendizaje y la reflexión.

Clave de fraternidad

Una segunda clave de lectura podría ser la contribución de la vida consagrada a un nuevo estilo de vida con el testimonio y la experiencia de unas relaciones fraternas con capacidad de acogida y encuentro, reconocimiento y compasión.

La humanidad como unidad y “familia universal” que nos acoge.

Laudato si’ invita a comprender a la humanidad como una unidad, como una misma familia. Una mirada que no ve las fronteras, ni considera que las identidades separan y dividen, sino que reafirma lo que nos une sin minimizar las diferencias: “La humanidad como pueblo que habita una casa de todos” (LS 164). “Siendo creados por el mismo Padre, todos los seres del universo estamos unidos por lazos invisibles y conformarnos una especie de familia universal” (LS 89). Esta conciencia de la humanidad como unidad no es espontánea ni automática: “hace falta la conciencia de un origen común, de una pertenencia mutua y de un futuro compartido por todos” (LS 202).

Una conciencia que a los cristianos nos la propone la teología (doctrina), pero también la realidad eclesial (historia): la universalidad histórica de la Iglesia extendida por todo el mundo y la naturaleza o la proyección internacional que pueden tener nuestros institutos.

Esta manera de vernos en el mundo como unidad y familia contribuye a que nos comprendamos primero no como “acogedores” de otros, sino como acogidos en el planeta, en la vida, en la familia humana que nos recibe. Todos somos primero extranjeros y huéspedes: “Vosotros sois forasteros y huéspedes en mi tierra” (Lv 25,23), citado en LS 67. Somos huéspedes en la creación y en el mundo de Dios. Y de huéspedes pasamos a ser hermanos y conciudadanos, familiares y miembros del Pueblo de Dios (Ef 2,19). La vida comunitaria fraterna es un icono de esta cultura de la acogida y de la familia humana en la que somos acogidos.

La cultura de la acogida como encuentro y reconocimiento

La hospitalidad es uno de los valores más destacados de la herencia bíblica (Gn 18). En los huéspedes podemos estar

acogiendo, sin saberlo, a los enviados de Dios. Con un mensaje bíblico de fondo: la hospitalidad es una bendición que hace milagros y trae la dicha. Un mundo sin hospitalidad se queda sin la sorpresa y la bendición del milagro, del signo de Dios para manifestar la generosidad del Reino. Jesús mismo es el Hijo que viene al mundo como huésped y peregrino, y se identifica con los extranjeros: “era forastero y me acogisteis” (Mt 25,35). Los discípulos se identificaron con el predicador itinerante de Galilea “que no tenía donde reclinar la cabeza” (Mt 8,20). La hospitalidad con los pobres aparece como uno de los principales comportamientos que Dios bendice.

El sentido de esta cultura de la hospitalidad es el encuentro. Cuando Metz habla de la universalización de la misión eclesial, señala la herencia bíblica de dos culturas llamadas a extenderse: la cultura política de la justicia y la libertad, y la cultura hermenéutica del encuentro y reconocimiento. La hospitalidad no es asimilación del otro a lo propio, sino reconocimiento del otro en su alteridad, en su “otredad”. Es una apertura al encuentro con el diferente reconociendo su diferencia, dignidad y valor. Como dice Antonio Machado: “Enseña el Cristo: a tu prójimo amarás como a ti mismo, mas nunca olvides que es otro”.

La vida consagrada en su dimensión de ser capaz de salir de sus propias fronteras geográficas y culturales, por su naturaleza y misión, está llamada a ofrecer a la sociedad el testimonio y la experiencia de una convivencia intercultural e intergeneracional basada en un auténtico encuentro de reconocimiento y compasión.

5.3. Espiritualidad ecológica

En el capítulo sexto de su encíclica *Laudato si'* el papa Francisco nos dice que para respetar la creación, “hace falta la conciencia de un origen común, de una pertenencia mutua y de un futuro compartido por todos. Esta conciencia bá-

sica permitiría el desarrollo de nuevas convicciones, actitudes y formas de vida. Se destaca así un gran desafío cultural, espiritual y educativo que supondrá largos procesos de regeneración” (LS 202). Ante el vasto desafío ecológico y humano existente, quiere iluminar “la conciencia de [nuestro] origen común, de una pertenencia mutua y de un futuro compartido por todos” para así desarrollar nuevos modos de vivir y relacionarse (LS 202).

Esta tarea requiere un lento itinerario de educación, una seria formación de las conciencias y hasta una nueva forma de espiritualidad. El Papa sugiere algunos compromisos en los que habría que insistir ya desde ahora:

- Para comenzar, no se puede identificar la libertad con el deseo de consumir. “Tenemos demasiados medios para unos escasos y raquíticos fines” (LS 203).
- Para el Papa, en contraposición al hombre consumista, autorreferencial y aislado, la actitud del hombre verdaderamente regenerado y convertido debe caracterizarse por: 1) ser consciente de la responsabilidad social, moral y no sólo económica de todos sus actos (LS, 206); 2) la percepción real de que la sostenibilidad ambiental, la justicia, la paz y la vida dependen de la “capacidad de salir de sí hacia el otro” (LS, 207 y 208).
- Es el momento de revisar los mitos de la modernidad: el individualismo, el progreso indefinido, la competencia, el consumismo, el mercado sin reglas. Y recuperar un equilibrio integral, es decir, interno, solidario, natural y espiritual (LS 210). La nueva educación ambiental capaz de conformar nuevos y más ecológicos hábitos de vida en el día a día cotidiano y que no se puede centrar solamente “en la información científica y en la concientización y prevención de riesgos ambientales” (LS, 210) debe partir principalmente de la familia, la escuela, la política y, por supuesto, también

la Iglesia en cada uno de sus centros de formación (LS, 213-215).

- “Es muy noble asumir el deber de cuidar la creación con pequeñas acciones cotidianas, y es maravilloso que la educación sea capaz de motivarlas hasta conformar un estilo de vida”, que el Papa resume en gestos muy concretos (LS 211).
- Una verdadera conversión ecológica nos llevaría a vivir “la vocación de ser protectores de la obra de Dios” (LS 217), cultivando la gratitud y la gratuidad, la comunión universal, el entusiasmo de la creatividad y la responsabilidad que brota de la fe (LS 220). Es por eso que dicha crisis requiera una conversión interior o ecológica “que implica dejar brotar todas las consecuencias [del] encuentro [personal] con Jesucristo en las relaciones con el mundo” (LS, 217). Encuentro o conversión personal que es también conversión comunitaria (LS, 219). La conversión ecológica implica vivir desde la lógica del don donde todo se recibe con gratitud y se da y comparte con gratuidad; implica vivir y sentirse conectado con todas las demás criaturas que nos rodean; e implica, desde una actitud creyente, la donación total de uno mismo, de su vida, para intentar resolver los problemas de nuestro mundo usando nuestra creatividad y entusiasmo (LS, 220).
- La espiritualidad cristiana implica sobriedad y simplicidad y evita la dinámica del dominio y la mera acumulación de placeres (LS 222). Implica también capacidad de convivencia y de comunión, que nos lleva a vivir la fraternidad universal (LS 228), la superación de la violencia y la construcción de una “civilización del amor”, propuesta ya por Pablo VI (LS 231).
- Toda la naturaleza nos habla de Dios, como canta San Juan de la Cruz (LS 234). Diversos elementos de la naturaleza –como al agua, el vino, la cera o el aceite- han

llegado a entrar en el ámbito de los signos sacramentales (LS 235).

En síntesis y a la luz de la reflexión anterior, podemos concluir algunas afirmaciones. La espiritualidad alimenta y sostiene la ética ecológica, el compromiso y la firmeza de nuestros hábitos: “no será posible comprometerse en cosas grandes sólo con doctrinas sin una mística que nos anime” (LS 216). Solo desde una fuerte motivación interior, es posible movilizarse, concienciarse y actuar en clave de transformación eficaz. La espiritualidad ecológica aporta motivaciones para perseverar en las opciones básicas por la sencillez y la sobriedad: “La espiritualidad cristiana propone un modo alternativo de entender la calidad de vida, y alienta un estilo de vida profético y contemplativo, capaz de gozar profundamente sin obsesionarse por el consumo” (LS 222). Francisco propone profundizar en nuestra propia tradición espiritual para recuperar la vieja sabiduría de una forma de vida donde “menos es más”: “La espiritualidad cristiana propone un crecimiento con sobriedad y una capacidad de gozar con poco. Es un retorno a la simplicidad que nos permite detenernos a valorar lo pequeño, agradecer las posibilidades que ofrece la vida sin apegarnos a lo que tenemos ni entristecernos por lo que no poseemos. Esto supone evitar la dinámica del dominio y de la mera acumulación de placeres” (LS 222). Quizá sea aquello de necesitar pocas cosas y éstas necesitarlas poco. Cuanta menor dependencia exterior, mayor libertad interior.

5.4. Ecología integral

En la Encíclica resulta esencial la idea de que todo está íntimamente relacionado y los problemas actuales requieren una mirada que tenga en cuenta todos los factores de la crisis mundial.

El atinado concepto del Papa incorpora las dimensiones humanas y sociales, aproximación absolutamente necesari-

ria para comprender la crisis y avanzar en soluciones. La ecología estudia las relaciones entre los organismos vivientes y el ambiente donde se desarrollan. El concepto de ecología integral resulta esencial para entender las complejas relaciones del ser humano y planeta, y también para poder encontrar los caminos adecuados para el bien común de la humanidad en el marco de la casa común.

El Papa Francisco nos habla de ecología cultural, ambiental, económica y social. Además, plantea la absoluta necesidad de plantear una ecología de la vida cotidiana. De esta forma impregnando la vida de ecología, también podemos alcanzar la trascendencia, a través de la ecología espiritual.

Tras su llamada a recuperar el evangelio de la Creación, el Papa invita a descubrir las relaciones entre las cuestiones medioambientales y el ser humano. No hay solo una ecología medioambiental, sino también una ecología social. La ecología, entendida como ecología integral, está íntimamente vinculada con la justicia y el bien común. Los problemas medioambientales se traducen en problemas sociales y viceversa: la degradación de la tierra afecta principalmente a los más pobres. La justicia tiene que estar en las discusiones sobre medio ambiente, para escuchar tanto el clamor de la tierra, como el clamor de los pobres (cf. LS 59).

Algunas claves para la ecología integral:

- a.** Ser conscientes del paradigma tecnocrático imperante
- b.** Desenmascarar la cultura del relativismo práctico
- c.** Es contracultural elegir un estilo de vida con objetivos que pueden ser al menos en parte independientes de la técnica, sus costos y su poder globalizador y modificador (LS 108)
- d.** La ecología integral requiere introducir una nueva política económica, socioambiental y cultural: políticas que ge-

neren economías sostenibles y que afronten el medio ambiente como la estrecha relación entre la naturaleza y la sociedad que la habita: “se requiere una aproximación integral para combatir la pobreza y devolver la dignidad a los excluidos y simultáneamente para cuidar la naturaleza” (LS 139).

e. La defensa de la justicia y el bien común también requiere de una nueva reflexión y planteamiento. La ecología humana es inseparable de la noción de bien común. Cumple un papel central y unificador en la ética social (cf. LS 156) porque presupone los derechos básicos e inalienables de la persona -individuo o grupo- y su bienestar social, ordenados a su desarrollo integral. Sin una atención a la justicia distributiva, no se puede dar la paz social (cf. LS 157).

f. Raíces espirituales y éticas de los problemas ambientales: uno de los ejes que vertebran la encíclica es precisamente el reconocimiento de las raíces espirituales en gran parte de los problemas medioambientales. El exceso clamoroso de antropocentrismo nos está llevando a una desmesurada contaminación, al cambio climático, a la privación de agua potable, a la pérdida de la biodiversidad, al deterioro de la calidad de vida humana, a la degradación social y una obscena inequidad planetaria. Si el ser humano no cambia, la situación no cambiará.

6. HACIA UNA CONVERSIÓN ECOLÓGICA DE LA VIDA CONSAGRADA

Es necesario entrar en un proceso de conversión ecológica. El Papa quiere meter a toda la Iglesia en ejercicios espirituales y no ocupar espacios, sino generar procesos. El primer proceso es una conversión personal que coloque a Cristo en el centro de la vida. El segundo es un proceso de conversión pastoral-misionera que nos ponga en clave de salida a la hora de anunciar el Evangelio. Salida de nosotros

mismos, de nuestras falsas seguridades, de creatividad en la misión. Y a través de la LS nos pide una conversión ecológica. Llevar esta transformación requiere no sólo conocer el “qué” hay que hacer o “cómo hacerlo”, sino, sobre todo, tener conciencia del “porqué”. Las claves para una nueva conciencia responden al “porqué”. Las claves de transformación: nuevo estilo, nueva praxis (ética, espiritual, misionera...) nos llevarán al cómo hay que hacerlo.

6.1. Claves para una nueva conciencia

La llamada del Papa Francisco a una “conversión ecológica” nos está pidiendo entrar en un proceso de transformación del corazón, de la mente y la acción, a nivel personal, fraterno e institucional, hacia un nuevo estilo de vida. Y ello será posible si empleamos una pedagogía lúcida que nos conecte con la teología de la creación y la gracia redentora.

¿Por qué hemos de entrar en un proceso de conversión ecológica? ¿Por qué hemos de convertirnos ecológicamente y no solo espiritualmente? Porque es, sobre todo, la humanidad la que necesita cambiar. Necesita transformar su mente, tomar conciencia de origen común, de una pertenencia mutua y de un futuro compartido con todos, que permita desarrollar nuevas convicciones y formas de vida. El Papa nos muestra el gran desafío cultural, espiritual y educativo que implicará largos procesos de regeneración (cf. LS 202).

Hemos de situarnos al nivel de “toma de conciencia”. Esta ha sido la primera intención de la encíclica: que los seres humanos nos hagamos conscientes de lo que nos estamos jugando en la cuestión ecológica.

“Después de un tiempo de confianza irracional en el progreso y en la capacidad humana, una parte de la sociedad está entrando en una etapa de mayor conciencia. Se advierte una creciente sensibilidad con respecto al ambiente

y al cuidado de la naturaleza, y crece una sincera y dolorosa preocupación por lo que está ocurriendo con nuestro planeta” (LS 19).

Para tomar conciencia de esta necesidad de conversión ecológica hay dos claves fundamentales que nos pueden ayudar: recuperar el evangelio de la Creación; y tomar conciencia de la dimensión medioambiental, sociopolítica, cultural y espiritual de la ecología integral.

a. Recuperar el Evangelio de la Creación

Recuperar el Evangelio de la creación significa recordarnos varias afirmaciones.

- *Dios es el creador y es Padre*: la creación responde al plan amoroso de Dios sobre la humanidad y así cada criatura es objeto de la ternura del Padre que le da un lugar en el mundo (cf. LS 77). El ser humano es creado por amor, a imagen y semejanza de Dios. De ahí la radical dignidad de cada persona que nos hace sentirnos hijos suyos y hermanos nuestros. A todos los seres nos unen lazos invisibles que nos hacen familia universal.
- *Es necesaria una comprensión correcta del ser humano como “señor” del universo*. Es un señor muy particular. En realidad, es un administrador responsable que cultiva y cuida la tierra (Gn 2,5) y no como “dominador despótico” que la somete y oprime. Panteísmo, Mendel, avance de la ciencia, occidente. Por su dignidad única y por su inteligencia, el ser humano está llamado a respetar lo creado,
- *La existencia humana se basa en una triple relación*: con Dios, con el prójimo y con la naturaleza, en la que habita el Espíritu (cf. LS 66). Cuando el ser humano se desvincula de Dios y pretende suplantarlo, destruye la naturaleza, se erige en “dueño de la vida” e incluso mata a sus hermanos (cf. Gn 4,9-11). En esto consiste

el pecado en violentar y maltratar, descuidar y abandonar especialmente a los seres más frágiles (cf. LS 68).

- *Si la tierra y cuanto hay pertenece al Señor*, nadie puede reivindicar la propiedad absoluta: Por eso, la legislación bíblica puso normas en relación a los demás seres humanos y con los demás seres vivos, asegurando el equilibrio en las relaciones humanas y con la tierra donde vivía y trabajaba.

b. Tomar conciencia de la dimensión medioambiental, socio-política, cultural y espiritual de la ecología integral

Ello significa:

- *Ser conscientes del paradigma tecnocrático imperante*: la raíz imperante de la crisis ecológica está en el mismo ser humano, que “ha desviado su modo de entender la vida y la acción, contradiciendo la realidad hasta dañarla” (LS 101). Se ha impuesto el paradigma que confía ciegamente en la tecnología para conseguir dominio y lucro (cf. LS 102-114). La razón técnica no siente “la naturaleza como norma valiosa, ni menos aún como refugio viviente”: debilita el valor que tiene el mundo en sí mismo y hace que el propio ser humano pierda su lugar en él (cf. LS 115).
- *Desenmascarar la cultura del relativismo práctico*: esta constituye la misma patología que lleva a una persona a aprovecharse de otra y tratarla como mero objeto, obligándola a trabajos forzados, o convirtiéndola en esclava a causa de la deuda (cf. LS 123). Lleva a la explotación de todo tipo, al abandono de ancianos, al narcotráfico, al crimen organizado, el comercio de diamantes -a costa de la sangre de muchas personas, incluidos niños-... en definitiva la lógica de “usar y tirar” (LS 123).

- La ecología integral requiere introducir una nueva política económica, socioambiental y cultural: política que genere economías sostenibles y que afronten el medio ambiente como la estrecha relación entre la naturaleza y la sociedad que la habita: “se requiere una aproximación integral para combatir la pobreza y devolver la dignidad a los excluidos y simultáneamente para cuidar la naturaleza” (LS 139). Economías que aborden los problemas ambientales inseparablemente del análisis de los contextos humanos, familiares, laborales, urbanos y de la relación de la persona consigo misma, con los demás y con el medio ambiente (cf. LS 139).
- La defensa de la justicia y el bien común requiere también de una nueva reflexión y planteamiento
- Es necesario “entrar en la lógica del don gratuito que recibimos y comunicamos” y esto no es una cuestión a elegir, no es una opción que se asume o no, sino, como dice el Papa “es una cuestión básica de justicia, que la tierra que recibimos pertenece también a los que vendrán” (LS 159).
- Uno de los ejes que vertebran la encíclica es precisamente el reconocimiento de las raíces espirituales en gran parte de los problemas ambientales. El exceso clamoroso del antropocentrismo nos está llevando a una desmesurada contaminación, al cambio climático, a la privación de agua potable, a la pérdida de la biodiversidad, al deterioro de la calidad de vida humana, a la degradación social y una obscena inequidad planetaria. Si el ser humano no cambia, la situación no cambiará. Ésta es la raíz (cf. LS 9). La crisis ecológica es una eclosión o una manifestación externa de la crisis ética, cultural y espiritual de la modernidad (cf. LS 119). Lo que está en juego es nuestra propia dignidad (cf. LS 160).

6.2. Claves para un nuevo estilo y praxis

Profundizar en la clave espiritual. Laudato si' es un ejercicio espiritual que trata de abrir conciencias, mover corazones y ofrecer una mística del cuidado de la creación y de la opción por los que más sufren las consecuencias del descuido y la explotación de nuestro planeta.

Desarrollar una sana comprensión del trabajo impregnado de sentido espiritual. Ora et labora. Esto nos vuelve más cuidadosos y respetuosos con el medio ambiente. “Para la tradición cristiana, decir creación es más que decir naturaleza, porque tiene que ver con n proyecto del amor de Dios donde cada criatura tiene un valor y un significado” (LS 76).

Incidir en una visión sacramental del mundo. Si estamos convencidos de que “el universo se desarrolla en Dios, que lo llena todo”, entonces podemos descubrir la Presencia divina en una hoja, en un camino, en el rocío, en el rostro del pobre... en todas las cosas creadas” (cf. LS 233). Agua, aceite, fuego, colores convierten en símbolos de la Alianza. La Eucaristía une el cielo y la tierra. “Fruto de la tierra y del trabajo de los hombres”.

- Introducir procesos educativo-espirituales alternativos (mística y profecía). Educar en la belleza y el reconocimiento del Misterio. Desarrollar virtudes para una ciudadanía ecológica (austeridad responsable, sobriedad, gozo de la simplicidad, humildad, actitud contemplativa y de serena atención).

6.3. Dimensión ecológica de la profesión de los consejos evangélicos

Por sugerente que parezca también se podía hablar de una cierta dimensión ecológica de los consejos evangélicos en cuanto que la forma de vivirlos comporta una serie de consecuencias respecto a las actuaciones y a la forma de relaciones que se generan.

OBEDIENCIA. La obediencia también puede ser contemplada en perspectiva ecológica. Ella habla de relación no solo con Dios, con los seres humanos, también con las creaturas. Dios creador bendijo a la pareja primordial. Formaba parte de esa bendición la fecundidad y la tarea de mando sobre los peces, aves y todo animal. Sin embargo, a causa del pecado, hemos convertido el mandato del Creador sobre el dominio de la naturaleza en tiranía sobre las creaturas. La creación está siendo sometida a la vaciedad y arbitrariedad destructiva, en no pocas ocasiones.

El cuidado de la naturaleza, de la creación, es una tarea, un mandato, confiado por el Creador a los seres humanos. El ser humano debe dejar de considerarse patrón de la naturaleza; Dios lo ha constituido “administrador” y no explotador de la creación. Cuidar la creación exige una ética de frugalidad, austeridad y de ascética.

Si por la obediencia evangélica renunciamos al autoservicio, al poder que esclaviza, también por ella nos convertimos en cultivadores de la creación, administradores de las creaturas de Dios. El trabajo es una forma de servicio creador. Se da también una relación inversa: muy frecuentemente los hombres quedamos subyugados, esclavizados por las cosas. Renunciamos a nuestro señorío sobre ellas y nos convertimos en dependientes de ellas: son muchas las formas morbosas de dependencia (materialismo, drogadicción, alcoholismo, consumismo...). Los consagrados estamos llamados a mantener un señorío liberador.

La obediencia nos hace servidores de Dios en el servicio a las creaturas: servir el alimento a los animales, cuidar las plantas, atender a la naturaleza cuando está enferma o amenazada, crear una conciencia social ecológica, hacer que todos los seres den gloria a Dios.

POBREZA. La pobreza tiene que ver con el amor a la naturaleza, con todas nuestras fuerzas, y no con el desprecio a

la naturaleza o abandono de la naturaleza y despreocupación por ella. Baste recordar aquí a San Francisco de Asís donde pobreza y cuidado de la creación encuentran una síntesis vital y espiritual que ha trascendido tiempos y sobrepasado fronteras.

Por la pobreza evangélica renunciamos a una relación de posesión destructiva sobre las cosas. El pobre evangélico se acerca a la realidad desprovisto de cualquier afán posesivo; no pretende hacer suyas las cosas, sino situarse junto a ellas para establecer una nueva relación de mutua pertenencia. Su actitud profética devuelve a la creación su espontaneidad. Exagera ciertamente su actitud; pero lo hace para contrarrestar el estilo de posesión morbosa y destructiva, un tanto diabólica que el pecado ha instaurado. El pobre evangélico siente la sacralidad de las cosas; la admira, la venera. El pobre de Asís creó con las cosas lazos de fraternidad: hermana agua, hermana madre tierra, hermana luna, hermano sol... El pobre evangélico siente prolongada en la naturaleza la rebelión ética que le produce el empobrecimiento de sus hermanos, cuando descubre que aquélla es expoliada, depauperada.

El consagrado que vive su pobreza en dimensión ecológica aprende a respetar la naturaleza, a relacionarse con las criaturas no como cosas, sino como misterios. Abandona actitudes posesivas y ambiciosas para entrar en la gran comunión y armonía que Jesús resucitado estableció. Por otra parte, la opción por los pobres, cuando es lúcida, conlleva un talante luchador para defender la naturaleza y sus recursos, dado que ella es la casa de todos, y no quedar desertizada e infecunda en las próximas generaciones.

CELIBATO: CUERPO COMO NATURALEZA. La naturaleza no es exterior a nosotros porque en nuestro cuerpo somos naturaleza en una de sus cimeras posibilidades. Somos la sorpresa del poder de la evolución que ha ido recorriendo, como un fluido millones de años. Sentirse naturaleza es ex-

perimentar la grandeza de la vida y el misterio de la muerte.

En el universo sensible se prolonga nuestro cuerpo humano. No hay discontinuidad entre la carne del mundo y nuestra carne. El mundo es el cuerpo de la humanidad. Cada ser humano es un microcosmos, un pequeño mundo que resume, condensa, recapitula los grados del ser creado.

El planteamiento ecológico tiene una indudable repercusión en la comprensión de la virginidad. El propio cuerpo es el lugar de la aventura de la virginidad. Virginidad no es hostilidad, ni represión o anulación del cuerpo. Pero tampoco narcisismo corporal. El cuerpo es naturaleza; y, por eso, en él se experimenta las limitaciones naturales y actúa el pecado que ha infectado la misma naturaleza.

La virginidad lleva a una relación con la naturaleza llena de compasión, respeto, veneración. Hay un ecologismo cristiano que tiene que ser redescubierto como componente imprescindible de la virginidad.

La virginidad evangélica se caracteriza por el culto profético a la vida. Es algo así como un estremecimiento adorante ante el misterio de la vida. Lo nuestro es honrar, venerar, proteger, custodiar y defender la vida. Ante todo, y sobre todo la vida humana. Pero también la vida en la naturaleza.

7. CODA FINAL: NO HAY ECOLOGÍA SIN ANTROPOLOGÍA

La ecología no es otra cosa que el tratado sobre “la casa (oikós) común”. Este planeta que llamamos Tierra es nuestra casa, la casa de toda la humanidad. La naturaleza no conoce fronteras políticas, sólo geográficas. No sabe de “derechos”, propiedades, imposiciones, sino de procesos naturales. El mandato del Génesis –“¡dominad la tierra!”–

llama a una administración responsable, no a la explotación: la tierra es un don, no una propiedad; nos fue entregada para administrarla, no para destruirla. Hasta el punto de que, “creados por el mismo Padre, todos los seres del universo estamos unidos por lazos invisibles y conformamos una especie de familia universal, una sublime comunión que nos mueve a un respeto sagrado, cariñoso y humilde” (LS 89). Esto no significa divinizar la tierra. No somos panteístas. Tampoco significa negar la preeminencia del ser humano en la creación: “no puede ser real un sentimiento de íntima unión con los demás seres de la naturaleza si, al mismo tiempo, en el corazón no hay ternura, compasión y preocupación por los seres humanos” (LS 91). Debemos alejarnos de los extremos peligrosos. Por eso, la corrección del antropocentrismo desviado no se encuentra en un “biocentrismo”, igualmente desviado, sino con “una antropología adecuada” (LS 118) que mantiene en primer plano “el valor de las relaciones entre las personas” (LS 119) y la custodia y el cuidado de toda vida humana como condición sine qua non para cuidar toda la creación.

Dialogar, integrar, cuidar, discernir, construir puentes, favorecer la cultura del encuentro bien pueden ser canalizados a través de la misión de reconciliar. Trabajando por la reconciliación no solamente participamos en la misión de Cristo, sino que ayudamos a visibilizar la credibilidad de la Iglesia y la novedad de su mensaje en un mundo roto, donde tantas personas viven en condiciones indignas y con tantas heridas.

Oración por la creación (Laudato si')

*Señor Uno y Trino,
comunidad preciosa de amor infinito,
enséñanos a contemplarte
en la belleza del universo,
donde todo nos habla de ti.
Despierta nuestra alabanza y nuestra gratitud
por cada ser que has creado.
Danos la gracia de sentirnos íntimamente unidos
con todo lo que existe.*



**CONFERENCIA ESPAÑOLA
DE INSTITUTOS SECULARES**

C/. Conde Peñalver, 76, 1º C

28006 MADRID

www.cedis.org.es